

**sumário**

*Não nos contentemos com teorias nem com simples definições a respeito de fenômenos que nos superam, levemos a sério a pessoa concreta, angustiada y com desejos de sentido na vida y com ela construamos a verdadeira Nova Era... o tempo de salvação.*

# La Nueva Era reflexiones de un psiquiatra

**Dr. Jorge E. Pava Piedrahita**

Médico Universidad Javeriana  
Santafé de Bogotá - Colombia

medellín

**L**a Nueva Era es cada instante del acontecer histórico. Todo es nuevo cuando aparece, luego declina y pasa; pero queda enmarcado en un contexto de circunstancialidad que lo distingue, le da carácter como de estructura, de identidad propia y diferenciación, determinado por múltiples factores como la cultura, las creencias, las costumbres. En este sentido Nueva Era puede ser todo o nada. Es todo si cada época expresa todo lo ocurrido en un lapso de tiempo determinado. Es nada, si pensamos que las épocas no determinan los acontecimientos, sino al contrario.

Para abordar el tema de la Nueva Era nos encontramos ante todo con el factor publicitario en el que vemos cómo a Nueva Era se le atribuye una mezcla de ingredientes bastante heterogéneos, que vistos aisladamente no tienen nada que ver con un elemento común que se llame Nueva Era. En esta forma hay quienes piensan que Nueva Era está relacionada con lo filosófico, lo religioso, lo espiritual, lo moral, lo esotérico, el ocultismo, las mancias o artes adivinatorias, gnosticismo, animismo, ecología, holística, psicología, ufología, astrología, preocupación del hombre por el final de los tiempos y miles de elementos más que inquietan la mente humana. ¿Pero cabe preguntarnos si cada uno de estos elementos no existen desde toda la vida y mucho antes de que alguien pensara en Nueva Era?

Todos los elementos que inquietan y ocupan al hombre tienen su razón de ser, su campo específico y su proyección, lo mismo que su relación unos con otros. Si a esto es lo que se llama Nueva Era, es una opción de cada quien. Pero no podemos pensar sobre la Nueva Era como un movimiento, como una estructura de pensamiento definido, ni siquiera como un sincretismo ideológico que tiene más de mito cultural que de realidad objetiva.



Lo que si es cierto es que el origen del concepto de Nueva Era se refiere a la astrología que nos anuncia la finalización de la era de Piscis y la iniciación de la era de Acuario, con una serie de connotaciones relativas al influjo de los astros. Esto nos recuerda que hace muchos años cuando a un niño se le ocurría preguntar por un hecho histórico, sus padres le respondían: "En esa época tu no habías nacido, estabas apenas en la mente del Señor". Claro que otros prefieren decir que todo estaba escrito en las estrellas. En la literatura hay para todos los gustos.

Ahora bien: independientemente de cualquier connotación determinada como Nueva Era, o el hombre de hoy, los aconteceres de nuestros tiempos, el hombre actual sí está pasando por una época en la que se han registrado cambios significativos en el conocimiento, las costumbres, las creencias y especialmente en el manejo de la vida que le fue dada, en el que hay aciertos y errores, alegrías y pesares. Cambios existieron desde la creación y seguirán existiendo mientras haya vida. El problema está en cómo enfrentar esos cambios que hoy dependen del hombre actual. La historia nos muestra cómo el hombre ha sido inteligente, noble y valiente; pero también nos señala que el hombre ha sido necio irremediablemente sufre las consecuencias de lo uno y de lo otro. Y frente al acontecer humano el hombre a veces se enreda pensando si esos hechos son vistos de determinada forma por unas personas o por otras y en su necedad se pierde en lamentos de pasado y de lo negativo, descuidando el estudio de los contenidos, las causas y las posibilidades de su manejo.

El hombre siempre ha sido un buscador y por eso ha progresado. Pero también el hombre ha sido crítico y esto le ha ayudado a encontrar la verdad y el bien, pero también en eso se ha equivocado, ha destruido, obstaculizado, quemado oportunidades y ha tapado senderos. Si cortamos ataduras y vemos con sencillez la situación del hombre actual, sí encontramos cosas muy interesantes, dignas de tener en cuenta.

Ante todo los avances de la ciencia y de la técnica, son absolutamente extraordinarios, pero en contraste la forma de organización social, el desequilibrio económico, la violencia, los vicios, la corrupción, etc., han llegado a niveles absurdos, crueles,



vergonzados. El hombre de hoy, o mejor algunos hombres, pueden vivir en palacios de oro, con toda clase de confort, servicios robotizados y lo que se quiera, pero viven como enemigos, tienen miedo, ansiedad, frustración, hastío de la vida y esos hombres se asoman a las ventanas de sus palacios, contemplan a sus hermanos en guerra y en la miseria. El hombre enloquecido se vuelca en busca de soluciones y acude a la escuela, colegios, universidades e institutos especializados para tener más conocimiento, más ciencia, más técnica, más confort, más poder. Y recibe muchos conocimientos. Pero, ¿tiene formación?, ¿conoce sus valores?, ¿sabe manejarlos? En suma: el hombre actual, ¿es más hombre?, ¿es feliz?, ¿se está realizando?, ¿qué deja para sus hijos, para la posteridad?, ¿sabe a dónde va?

Parece un cuadro muy confuso; pero no lo es tanto. El hombre actual es un niño jugando a grande. Y cuando niño juega, aprende, se entrena. Quiere afecto, presencia de otros que saben, pueden más que él y eso le da seguridad y le muestra el camino; cree.

El niño siempre es ávido de poder y de reconocimiento. Le gusta o le gustaba jugar a los soldaditos de plomo, jugaba a ladrones y policías, quería ganar batallas y vestía ropas militares para jugar. Pero ese niño creció y no aprendió, no maduró y hoy en edad adulta sigue siendo niño, sigue jugando y sigue vistiendo ropas militares y se están matando los unos a los otros, ya no es un niño, ya no es un hombre: es un enfermo. Es un enfermo con comportamientos infantiles, pero con necesidades de adulto. Es un discapacitado sin mucho conocimiento, sin tolerancia, sin creatividad, sin capacidad de convivencia, sin capacidad de amar, sin vida interior, un hombre agresivo, depresivo, sin Dios y sin ley.

En estas circunstancias, es lógico que el hombre busque de muchas maneras las soluciones a su situación y por eso vuelve sobre antiguos conocimientos y creencias y ensaya nuevos procedimientos y diversas formas de asociación, que en últimas lo enfrentan a un choque con la realidad y luego a una revisión de sus conocimientos y recursos. Así se ha tejido la historia, a base de crecimientos y logros, después decadencia y crisis, luego retorno a un nuevo ciclo.



Ahora demos paso al cambio en las creencias, al retorno a las iglesias orientales y a la afluencia de nuevas sectas religiosas. Son fenómenos reales y que están confirmando la condición humana de buscadores, insatisfechos, de ignorantes y de traumatizados frente a grupos religiosos tradicionales. Charlando con gentes que han optado por esos cambios, se encuentran cosas muy curiosas. En primer lugar, prácticamente todo grupo religioso, toda religión, toda secta, toda creencia, es teocéntrica; menos mal que en el mundo todavía hay fe y anhelo de fe. ¡Qué tal un mundo sin fe, sin Dios, sin ninguna religión!

Por otra parte, en todas las creencias religiosas se predica el bien y se combate el mal, se tiende a la verdad y a la fraternidad. El hombre sí comete errores pero no es tan malo ni descreído como parece. Es más bien ingenuo, ávido y temeroso. Y esto apunta más, no a un problema de grupos religiosos sino más bien a un problema de pedagogía religiosa. El hombre de hoy como el de todos los tiempos, busca en la religión una buena dosis de virtudes teologales y una buena dosis de humanismo. ¿Lo encontrará en la lucha entre grupos religiosos, en la crítica, en el argumento teológico? O irá viendo en su proceso de maduración religiosa que es verdadero aquello de que “por sus hechos los conoceréis”.

Al hablar con gentes que han cambiado su opción religiosa de siempre por un grupo distinto, sorprende que casi nadie sabe cuál es la diferencia fundamental entre unos y otros, no conocen su historia, sus fundamentos; simplemente les gusta y se sienten más acogidos.

El hombre practicante de la “verdadera religión” tendría que ser seguro de sí mismo, seguro de su fe, pleno, feliz y muy acogedor.

Durante toda la historia y especialmente en los momentos de crisis el hombre ha pensado en la muerte, en el fin del mundo. Y es natural que le inquieten esos temas; pero es también necio entretenerse en esas inquietudes, ya que esa actividad no va a modificar en nada el plan de su existencia. El problema no es pensar en cuándo ni cómo será la muerte de cada uno ni el fin



del mundo; no parece que eso le corresponda al hombre. Lo que sí le corresponde es pensar en la vida; cómo vive su vida y cómo esa forma de vida lo prepara para ese momento trascendental y para la otra vida. Si ese momento llegara ahora mismo, ¿nos encontraríamos limpios? ¿Llegaríamos a ese instante de la vida, aún con las manos vacías?

El fin del mundo le plantea al hombre lo que llaman los que saben, el problema de lo escatológico. Cómo será la muerte y cómo el fin del mundo. El pensamiento cristiano nos aporta luces al respecto. Nos dice que Dios se hizo hombre para redimirnos. Pero la redención no es un acto instantáneo y unilateral; es un proceso bilateral participativo entre el Creador y sus criaturas. Cristo vino al mundo, nos dio su doctrina, su ejemplo, padeció voluntariamente, murió, nos redimió. Y antes de irse nos dejó la tarea propia del hombre. Y en su infinita misericordia nos sigue teniendo paciencia mientras el hombre haga su parte en el proceso. Esa parte es la realización del mandato: "amaos los unos a los otros". Mientras los hombres no vivamos como hermanos y como hijos de Dios, no habremos cumplido nuestra parte. Dios quiera esperarnos a que nos desenredemos de la Nueva Era y de tantas otras prendas para que podamos romper las cadenas y tener vuelos de eternidad.